

# Psicoanálisis: ¿incómodo?

Marcelo Colussi

Universidad de San Carlos de Guatemala

Notas del autor

ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-8156-8313>

El presente ensayo es un análisis de los mitos y prejuicios construidos en torno al psicoanálisis, el origen de los mismos y la forma en que lo intentan invalidar. La correspondencia de este artículo debe dirigirse a Marcelo Colussi, al correo electrónico: [mmcolussi@gmail.com](mailto:mmcolussi@gmail.com)

## Resumen

La psicología actual en Guatemala presenta un amplio abanico de posibilidades en el ámbito laboral. La clínica es uno de ellos; allí conviven distintas escuelas y enfoques teóricos. En el ejercicio de la práctica en el campo de la salud mental, el cual es compartido con la psiquiatría, que se mantiene como más respetada y mueve la mayor cantidad de consultas, la presencia del psicoanálisis es mínima. Ello tiene su origen en el desconocimiento, ¿o temor quizá?, que cunde en el gremio *psi* respecto a él. Desde la formación universitaria existen fuertes prejuicios en torno a esta corriente, al punto que lo colocan en una situación de virtual marginalidad, con el consecuente desprestigio. El conocimiento que se tiene del psicoanálisis en nuestro medio es bastante, o muy limitado, y se cierne básicamente a prejuicios: teoría superada, acientífico, individualista, pansexualista, teoría europea inaplicable aquí, tratamiento sumamente largo y costoso, aplicable solo a personas con cierto nivel educativo, etc. Por todo ello creemos necesario fomentar su estudio con mayor rigor, desechar frases hechas, para sumergirse sin miedos en la obra teórica legada por Freud, más todos los continuadores que enriquecieron el campo psicoanalítico con posterioridad.

**Palabras claves:** Psicoanálisis, prejuicios, desconocimiento, temores.

## Abstract

Current psychology in Guatemala offers a wide range of possibilities in the professional field. Clinical psychology is one of these fields, where various schools and theoretical approaches coexist. In the practice of mental health—an area shared with psychiatry, which remains more respected and attracts the majority of consultations—the presence of psychoanalysis is minimal. This originates from a lack of understanding, or perhaps fear, that permeates the psychiatric community regarding psychoanalysis. Even in university education, strong prejudices surround this approach, relegating it to a virtually marginalized position, with the resulting stigma. The knowledge of psychoanalysis in our environment is quite, if not very limited, and is largely based on prejudices: outdated theory, unscientific, individualistic, pansexual, a European theory inapplicable here, treatment that is extremely lengthy and costly, applicable only to people with a certain educational level, etc. For all these reasons, we believe it is necessary to promote its study with greater rigor, to discard clichés, and to delve fearlessly into the theoretical work left by Freud, along with all the successors who have subsequently enriched the psychoanalytic field.

**Keywords:** Psychoanalysis, prejudices, lack of understanding, fears.

## A modo de introducción

En Guatemala, hace ya años que existe la psicología como disciplina científica, con una formación académica acorde y un considerable desarrollo en el ámbito profesional. Se inició con algunos cursos introductorios en la década de los 70 del pasado siglo en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos. Fue recién en el año 1974 cuando se fundó la Escuela de Ciencias Psicológicas en esa casa de altos estudios y la psicología obtuvo su mayoría de edad.

A partir de existir como carrera en la universidad pública, reconocida y ya con un espacio social siempre

creciente, la cantidad de profesionales psicólogos fue siempre en ascenso. Hoy son ya varios miles quienes detentan un título universitario en esta ciencia, obtenido en la Universidad de San Carlos o en alguna de las numerosas instituciones de educación superior privadas que existen en el país.

El campo de acción de quien se gradúa en esta especialidad es amplio. Las opciones de trabajo son numerosas y muy diversas, desde el ejercicio clínico hasta la selección de personal, desde el abordaje educativo hasta la participación comunitaria, sin olvidar la publicidad y el mercadeo, asesoramiento de imagen o campañas de prevención, acompañamiento hospitalario o en empresas comerciales.

También existen oportunidades en el seno de diversas instituciones: en un consultorio privado o un centro de salud público, enfocándose en planteos tanto individuales como grupales o masivos; desde una pareja o un grupo familiar hasta toda una comunidad. En otros términos, el quehacer de la psicología hoy presenta un abigarrado panorama donde se pueden encontrar muy diversos enfoques, a veces contradictorios entre sí.

La práctica clínica es uno de los espacios donde trabaja la mayor parte de graduados. Los referentes teóricos utilizados al respecto son muchos y de distinta densidad epistemológica.

La academia, sin dudas —y especialmente influida por la cultura estadounidense, que indudablemente es dominante en toda el área centroamericana, no solo en el ámbito de la psicología— privilegia ciertas escuelas en detrimento de otras. El énfasis clínico en la formación de los futuros graduados está puesto en el abordaje cognitivo-conductual. Si alguna perspectiva está olvidada, es el psicoanálisis.

De esa cuenta, ya en el ejercicio de la práctica en el campo de la salud mental, el cual es compartido con la psiquiatría —que se mantiene como más respetada y mueve la mayor cantidad de consultas—, la presencia del psicoanálisis es mínima.

Ello tiene su origen en el desconocimiento (¿o temor quizá?) que cunde en el gremio *psi* respecto a él. Desde la formación universitaria existen fuertes prejuicios en torno a esta corriente, al punto que lo colocan en una situación de virtual marginalidad, con el consecuente desprestigio.

El psicoanálisis surgió con el siglo XX, justo cuando las preocupaciones por la conducta humana, por la subjetividad, por la forma anímica de ser que tenemos,

comenzaban a constituirse en objeto de estudio con la pretensión de erigirse como ciencia.

Entre el laboratorio experimental de Wilhelm Wundt en Leipzig, Alemania; pasando por los perros de experimentación de Iván Pavlov, en Rusia; y las ratas en sus laberintos de John Watson en Estados Unidos, surge, en Viena, Austria, la figura de un médico que instaura algo totalmente novedoso: Sigmund Freud y el Psicoanálisis.

No quedan dudas que ese descubrimiento —que podría resumirse como el descubrimiento del inconsciente, en cuanto una escena en la dinámica humana que va más allá de la conciencia, de la voluntad racional— inaugura una visión completamente novedosa del sujeto humano, de su forma de actuar y de sus motivaciones más profundas.

Esa formulación, que abre una nueva forma de concebir nuestra subjetividad, posibilita, al mismo tiempo, una nueva forma de actuar en términos de clínica. Es decir, cuestiona la psicopatología del momento, derrumba la visión biológica que primaba, así como la noción del Yo racional que dominó todo Occidente desde Aristóteles hasta ese entonces.

“Nadie es dueño en su propia casa” (Freud, 1992, p. 135), dirá el creador del psicoanálisis, subvirtiendo de ese modo lo que se tenía por certezas incuestionables: la razón, la voluntad, la conciencia. No somos lo que simplemente queremos ser, sino, por el contrario, lo que nuestros límites nos permiten ser. “Creemos que decimos lo que queremos, pero es lo que han querido los otros, más específicamente nuestra familia, que nos habla” (Lacan, 1975, p. 1).

La certeza de ser los dueños de nosotros mismos, de decidir voluntariamente nuestra vida, cae a partir de esta nueva cosmovisión que trae el psicoanálisis. La certeza se convierte en duda, se problematizan las ilusiones de seguridad que ofrece la razón. De ese modo, esta visión novedosa que echa por tierra una larga concepción racionalista, para el trabajo clínico, choca con una posición que no puede ir más allá de la psicología de conciencia.

No es infrecuente encontrarse, cuando no se trabaja con esquemas psicoanalíticos, con recomendaciones y consejos por parte del terapeuta que apelan a la buena voluntad: “Ponga de su parte”, “Deje atrás el pasado”, “Sea positivo y mire el futuro”. Sin mencionar intervenciones que llegan al colmo de indicar que “El primer y mejor psicólogo es Dios”. De ahí a dar terapia Biblia en mano, un paso.

La clínica que abre el psicoanálisis va por un camino radicalmente distinto: se trata de ayudar al paciente a recuperar su historia, a hacerse cargo de eso que está inconsciente y se expresa a través de síntomas, angustia, inhibiciones, rasgos de carácter y formaciones que no se pueden manejar conscientemente. En palabras de Freud (1991):

El objetivo del tratamiento es suprimir las amnesias. Una vez cegadas todas las lagunas de la memoria y aclarados todos los misteriosos afectos de la vida psíquica, se hace imposible la persistencia de la enfermedad e incluso todo nuevo brote de la misma. Puede decirse también que el fin perseguido es el de destruir todas las represiones, pues el estado psíquico resultante es el mismo que el obtenido una vez resueltas todas las amnesias. Empleando una fórmula más amplia, puede decirse también que se trata de hacer accesible a la consciencia lo inconsciente, lo cual se logra con el vencimiento de la resistencia (p. 130).

*Hacer consciente lo inconsciente venciendo la resistencia, es el núcleo del abordaje psicoanalítico.* Eso, que parece relativamente sencillo dicho así, implica un enorme trabajo que va contra la ilusión de ser dueño del propio destino y que denuncia la incompletud siempre presente en la dinámica humana.

En otros términos, en la clínica psicoanalítica se trabaja sobre los límites, sobre aquello que no se puede, sobre lo que falta y de lo que justamente no queremos saber nada. ¿Y qué falta? Nuestra misma constitución como sujeto nos confronta con eso.

Toda la elaboración teórica desarrollada por Freud —luego complementada por Lacan— nos da cuenta de lo que somos: seres incompletos, finitos, castrados, que fuimos separados del seno materno para incorporarnos en un mundo simbólico que, al establecer la ley humana, la prohibición de algo, nos construye más tarde como sujetos independientes, con una identidad sexual determinada que no elegimos voluntariamente; sino que es producto de esa historia subjetiva, única e irrepetible; y que, al pasar por esa castración simbólica, nos coloca en una posición subjetiva determinada, que contraría la interminable clasificación psiquiátrica clásica, hoy con más de 200 cuadros psicopatológicos: entramos al mundo simbólico llamado normal (neurosis), no entramos (psicosis), o entramos a medias (perversión).

Sin dudas, lo que promueve el psicoanálisis rompe la lógica tradicional, la ilusión de ser racionalmente dueños de nuestras decisiones básicas en la vida, abre un cuestionamiento a la ética, pone en el centro de la teoría y la práctica el conflicto como motor de lo humano, propicia una crítica a los conceptos de autoestima y resiliencia, al Yo dominador de la escena y a la engañosa idea de que si uno quiere, puede.

En síntesis, en términos emocionales no somos lo que somos por una pura decisión ni por ninguna carga genética o por un instinto preformado que nos decide la vida. Somos lo que somos porque otros lo han querido, nos han modelado, tanto en el plano subjetivo como en lo macro, en lo económico-social, político e ideológico-cultural.

## Psicoanálisis: ¿peligroso?

Dado que el psicoanálisis pareciera levantar la tapa de los infiernos, para mucha gente se torna algo (o bastante) insoportable. Más aún, peligroso. Denunciar nuestras flaquezas, ponerlas en evidencia en el orden de nuestra constitución como sujetos, hacer patente lo aterrador que nos resultan los límites, la incompletud, es algo que la buena conciencia no tolera.

Junto a ello, la visión que insta en relación a la sexualidad —al descentrarla de su pura función biológico-reproductiva, y al mostrar que las acciones del perverso polimorfo que es el niño se mantienen como parte de la actividad adulta llamada normal— constituye una afrenta a la moral, a lo considerado ya establecido y aceptado.

La imperiosa necesidad de quienes se dedicarán a la práctica clínica del psicoanálisis de haber pasado previamente por un análisis personal, para procesar adecuadamente su castración, se sabe que —en nuestro medio guatemalteco, en vista de que la gran mayoría de colegas no trabaja desde ese referente teórico— se cumple muy escasamente o no se cumple.

Así no se ejerza el psicoanálisis, es siempre recomendable para quien trabaja con la subjetividad de un paciente tener claros los propios límites; lo contrario autoriza equivocadamente, por supuesto, a sentirse en condiciones de aconsejar; decidir lo que un paciente debe hacer; sentirse que el terapeuta, desde un discurso-amo, sabe sobre la historia personal de quien consulta; y puede, al modo médico, indicar qué camino tomar como el más correcto.

Es ese temor a enfrentarse con los propios límites el que lleva a defenestrar al psicoanálisis. Daniel Gerber (2012) afirma que:

El psicoanálisis no promete ni puede prometer armonía alguna entre y para los hombres. Solo le cabe alertar acerca de la inevitabilidad de una discordia eterna, de un malestar insalvable que, por una parte, es inherente a la cultura y lo atormenta, pero que, por otra, es motor fundamental de ella, de su posibilidad de vivir y sobrevivir, riesgosamente, siempre más o menos próxima al límite de su autodestrucción. Pero la reacción es comprensible: la cultura no puede sobrevivir sin ilusiones, los hombres necesitan creer imperiosamente en un futuro venturoso, que los libere de las privaciones del presente (p. 2).

Se entiende, entonces, por qué el psicoanálisis no entra con facilidad en los programas de estudio de la academia. En todo caso, por los mismos catedráticos es atacado, denigrado, vilipendiado. A tal punto, para graficarlo con un ejemplo grosero, que en una maestría en Psicología Clínica de alguna de las universidades nacionales, aparecen varios módulos dedicados cada uno de ellos a las diferentes escuelas psicológicas, pero curiosamente no hay ninguno referido al psicoanálisis.

Ese temor lleva a que no se lo conozca realmente, a que no se lo estudie en profundidad. Muchos catedráticos invitan a desconocerlo, o peor aún, a despreciar, sin haber leído nunca un texto completo de Freud. Cunden los prejuicios. Y no es pertinente olvidar que es más fácil destruir un átomo que un prejuicio, según dijera Einstein. Entre los muchos prejuicios que existen al respecto, pueden indicarse al menos estos:

- a) Es una teoría superada;
- b) No es científico, no pasa de charlatanería;
- c) Es individualista, sin preocupación por lo social;
- d) Constituye una teoría importada, eurocéntrica, inaplicable en nuestro contexto;
- e) Es un tratamiento sumamente largo y caro;
- f) Se puede hacer solo con diván;
- g) Es aplicable solo para cierto público (con un nivel de instrucción alto);
- h) Es una visión pansexualista.

Sin embargo, ninguno de estos prejuicios puede sostenerse si los estudiamos de cerca, siempre a la luz de postulados teóricos pertinentes, y eso es lo que haremos a continuación.

## **Es una teoría superada**

Estamos ahí ante una ilusión. Lo descubierto por el psicoanálisis es una verdad incontestable. La estructura psicológica del sujeto, de momento, no ha tenido una explicación más profunda y explicativa que

la propuesta por el psicoanálisis freudiano. Las diversas escuelas psicológicas existentes, sin hacer uso del concepto de inconsciente, en general no van más allá de una descripción de conductas.

Desde una visión tecnocrática, que hoy se impone crecientemente en el mundo, llega a decirse que todas esas elucubraciones de Freud han sido superadas por abordajes científicos más estrictos, rigurosos y mensurables. Para ello, ahí están las neurociencias. Aunque, como dice Nora Merlin (2020):

Debe considerarse que la investigación sobre el cerebro puede funcionar como una renovada oferta de espejitos de colores. Las neurociencias son un conjunto de disciplinas que estudian la estructura, la función y las patologías del sistema nervioso, pretendiendo establecer las bases biológicas que explican la conducta y el padecimiento mental. (...) Las neurociencias implican el triunfo de la medicalización, del paradigma positivista y de la investigación técnica desligada de los efectos políticos y subjetivos de vivir con otros y otras. Supone el negocio de los laboratorios y el triunfo de la colonización neoliberal que produce psicología de masas, donde el sujeto se reduce a ser un objeto de experimentación manipulado, cuantificado y disciplinado (p. 10).

Por lo tanto, es viable afirmar que lo descubierto por el psicoanálisis sigue siendo una verdad impecable. Aunque intente negarse, se trata de una verdad tremendamente acertada. Y, precisamente por ello, muy dolorosa.

## **No es científico, no pasa de charlatanería**

Esto puede decirse a partir de una epistemología que confunde ciencia con tecnología. El positivismo, donde se inscribe el grueso de la psicología actual no psicoanalítica, mantiene una fe mesiánica en la medición.

Si la mente, si los conceptos que utiliza el psicoanálisis (inconsciente, pulsión, Edipo, falo, castración, etcétera) para explicar el desenvolvimiento psíquico no se pueden medir en laboratorio con métodos rigurosos, entonces no son ciencia. Si no hay hechos empíricamente constatables, estaríamos ante pseudociencias, según esa sesgada visión. Pero no hay que confundirse; siguiendo a Heidegger (2009):

La grandeza y la superioridad de la ciencia natural en los siglos XVI y XVII depende de que aquellos investigadores [Galileo Galilei, Evangelista Torricelli, Tycho Brahe, Nicolás Copérnico, Isaac Newton] eran todos filósofos; entendían que no hay meros hechos, sino que un hecho lo es sólo a la luz de un concepto fundado y, en cada caso, según el alcance de una tal fundamentación. La característica del positivismo en el que estamos insertos desde hace decenios —y ahora más que nunca— es pensar, en cambio, que puede arreglárselas sólo con hechos y más hechos, mientras que los conceptos son únicamente un recurso de emergencia que de algún modo se hacen necesarios, pero con los cuales uno no debe entretenerse demasiado, pues eso sería filosofía. (p. 73)

El ideal de esta visión de ciencia, pretendidamente rigurosa, infalible, sigue siendo el conductismo. Hoy, en su versión corregida y aumentada dada por las neurociencias. Lo que no entra en ese modelo, todas las ciencias sociales, por ejemplo, serían entonces charlatanería, saberes desechables, meras opiniones sin fundamento.

## **Es individualista, sin preocupación por lo social**

El psicoanálisis, a diferencia de cierta psicología de raigambre biológica, como la mayoría de prácticas que se enseñan hoy día, es eminentemente social. Aquello de psicología individual es un mito. Eso no existe, ¡ni puede existir!, porque no hay individuo aislado. Todo lo humano es siempre, forzosamente, social.

En la vida anímica individual, aparece integrado siempre, efectivamente, “el otro”, como modelo, objeto, auxiliar o adversario, y de este modo, la psicología individual es al mismo tiempo y desde un principio, psicología social, en un sentido amplio, pero plenamente justificado (Freud, 1991, p. 67).

Es una falsa dicotomía aquello de individual versus social. En este caso se usa como una forma de denigración del psicoanálisis, que intenta hacerlo pasar como despreocupado del contexto histórico-social. No hay psicología que no sea social.

## **Constituye una teoría importada, eurocéntrica, inaplicable en nuestro contexto**

Las formulaciones científicas, es decir, los conceptos fundamentales que inauguran una práctica, sus leyes básicas (gravedad, inercia, acción y reacción en física, por ejemplo, o presión parcial o conservación de la masa en química; leyes o propiedades conmutativa, asociativa y distributiva en matemáticas, etcétera) pretenden universalidad. Es decir, son válidas y operativas más allá de circunstancias relativas, como medio cultural, momento histórico, juegos de poder en que se enmarcan.

En las llamadas ciencias naturales eso es rigurosamente así, y no se admite discusión. El sujeto cognoscente no está directamente involucrado en el acto científico. La fórmula química del agua, por ejemplo, H<sub>2</sub>O, es igual en cualquier circunstancia; pero el acceso a la misma, 150 litros diarios para un ciudadano estadounidense, 2 litros diarios para uno del África subsahariana —tema de la sociología o de la politología—, nos posiciona obligadamente como sujetos, nos obliga a tomar partido. No existe ahí la distancia con el objeto estudiado, el no involucramiento que requieren las ciencias naturales, que justamente por eso son llamadas exactas.

Por el contrario, en las ciencias sociales, entre las cuales se inscribe el psicoanálisis, hay un compromiso inevitable del sujeto, porque las verdades en juego no son externas al mismo. Hablar de sexualidad o, en otro ámbito, de juegos de poder, no excluye a quien hace ciencia, porque todos estamos atravesados por esas determinaciones.

Ahora bien, decir que esos conceptos tienen bandería nacional o cultural, es incorrecto. Esas formulaciones no se aplican solo a un contexto sociohistórico determinado; al igual que en las ciencias naturales, buscan ser universales.

¿Acaso el inconsciente, o la lucha de clases, tienen lugar solo en Europa y no aplican en tierra latinoamericana? Estamos aquí, en todo caso, ante un fenomenal prejuicio que intenta invalidar una verdad dolorosa.

A nadie se le ocurre que, por ejemplo, el álgebra, originada en Babilonia y desarrollada luego por los árabes, no sirve en Guatemala, porque vendría de otro contexto cultural. O que la química, al haber sido sistematizada por un ruso como Dmitri Mendeleiev, no es pertinente en suelo centroamericano.

Sin negar en modo alguno que existe imperialismo cultural, eurocentrismo para el caso nuestro, ¿por qué el psicoanálisis, surgido en la Viena imperial donde actuó Freud, sería inaplicable en nuestro contexto sociocultural latinoamericano y sí sería pertinente la escuela cognitivo-conductual, de raíz estadounidense?

## Es un tratamiento sumamente largo y caro

La psicología actual, no psicoanalítica, acorde con el sistema capitalista que vivimos donde la velocidad cuenta, y cuenta mucho, *time is money*, apunta a respuestas rápidas y efectivas. Los seguros de salud que cubren los tratamientos, al menos en el norte próspero, no desean pagar por largos períodos un proceso psicoterapéutico.

De ahí que se busquen intervenciones cortas, puntuales, de pocas sesiones. El psicoanálisis se mueve a otro ritmo, es cierto que se pueden dar tratamientos cortos muy certeros, pero esa no es la norma.

En general, desandar la propia historia subjetiva toma tiempo, a veces años. ¿Acaso eso es un límite? ¿Acaso eso justifica su denigración? Muchos tratamientos médicos son largos, algunos crónicos, molestos para quien los recibe, implican a veces varias horas diarias de duración. Por ejemplo, la hemodiálisis, pero no se le estigmatiza. ¿Por qué al psicoanálisis sí? ¿Solo podemos confiar en tratamientos psicológicos de pocas consultas? ¿Por qué? No hay ahí ninguna razón científica de peso, sino un prejuicio, o interés, económico.

Se dice, igualmente, como un modo de atacarlo, que es muy caro. ¡Falacia! Como toda prestación en salud, eso depende de la ideología de quien la practica. En numerosos lugares, aunque en Guatemala eso no sucede, se desarrolla el psicoanálisis a muy bajo costo o gratis. Y ello no restringe la calidad profesional del servicio ofrecido.

No debe olvidarse nunca que Sigmund Freud atendió también muchos pacientes en forma gratuita en la Fundación judía B'nai B'rith (literalmente, en hebreo, Hijos de la Alianza, Hijos del Pacto o Hijos de la Luz), asociación filantrópica sin fines de lucro que cuenta con numerosas filiales en distintas partes del mundo. Es caro si quien lo ejerce desea cobrar muy cara su hora de trabajo. Eso, dicho casi despectivamente, en modo alguno puede ser un argumento de peso para invalidarlo.

## Se puede hacer solo con diván

Otro mito, y como todo mito, insostenible. Solo se puede repetir y creerlo. Si se analiza, se derrumba como construcción simbólica. ¿Quién dijo que no se puede hacer de otra forma, cara a cara, sentados en una cafetería, sentados en un tronco de árbol en una comunidad rural, por medio de videollamadas tal como la pandemia de Covid-19 disparó?

Debemos tener siempre presente, para no extraviarnos en lo que decimos, que el psicoanálisis es un cuerpo teórico que habilita una práctica clínica determinada. Para que esa práctica clínica obre resultados, es preciso que se instaure transferencia, esa relación de empatía tan particular que se establece entre analista y analizado. A partir de allí puede haber acto analítico, cura en sentido clínico, sin importar las circunstancias anecdóticas de cómo se haga, con o sin diván, en forma virtual, arriba de un vehículo.

¿Por qué no podría haber efectos psicoanalíticos con los síntomas o la angustia de quien consulta en, por ejemplo, una modesta casa en una aldea campesina donde alguien habla y otro, el analista, escucha e interviene? ¿O sentados en una piedra al lado del basurero municipal?

Valga citar como un ejemplo aleccionador de cómo funciona la asociación libre, el capítulo I, "Olvido de nombres propios", de la obra *Psicopatología de la vida cotidiana*, de Freud, donde puede apreciarse un muy rico proceso de desciframiento de deseos inconscientes... arriba de un tren en marcha.

## Es aplicable solo para cierto público (con un nivel de instrucción alto)

He aquí un prejuicio descalificante, pero no para el psicoanálisis, sino para quien formula esta aseveración. Ningún tratamiento, ni médico, ni odontológico ni psicológico, amerita un determinado nivel de instrucción de quien lo toma. Mucho menos, un nivel alto. El psicoanálisis consiste en hablar, hablar libremente. Eso, cualquier ser humano que hable puede hacerlo; no hay ninguna necesidad allí de erudición, formación académica, posgrados o cosas por el estilo. ¿Cómo se hace el psicoanálisis? Lo dirá Freud (1992):

[Se] invita a los pacientes a comunicar todo aquello que acuda a su pensamiento, aunque lo juzgue secundario, impertinente o incoherente. Pero, sobre todo, se exige que no excluyan de la comunicación

ninguna idea ni ocurrencia por parecerles vergonzosa o penosa su confesión (p. 132).

¿Acaso solo la gente muy educada, con alto nivel de instrucción formal, puede hablar de sus cuitas? Eso es insostenible. Y claramente clasista.

## Es una visión pansexualista

Llegamos aquí al prejuicio más extendido, más invalidante, demostrativo más claramente que ningún otro que, quien lo expresa, es quien menos ha leído y entendido la teoría psicoanalítica. Para Freud, y para todos los psicoanalistas posteriores, la sexualidad juega un papel básico en la dinámica humana. La misma no es, como el sentido común y la tradición médica la entienden, solo una cuestión biológica. No hay en los humanos un pretendido instinto que lleva a machos y hembras de la especie a aparearse para procrear. Eso puede suceder, pero no define la sexualidad.

La sexualidad, al igual que la muerte, nos evidencia la incompletud fundante de la experiencia humana. De la muerte nada podemos decir más que esperarla, es el límite absoluto. La sexualidad, del mismo modo, pero por otros medios, nos confronta con los límites, con lo que falta: la constatación de la diferencia sexual anatómica, varones y mujeres, pene y vagina, patentiza que no somos completos, que siempre falta algo. Pero al humano no le falta nada corporalmente en la realidad, ni a la niña le falta pene ni al niño le falta vagina.

Es una falta simbólica, producto del paso por ese núcleo fundante de la primera infancia que es el complejo de Edipo, que nos hace ver, luego de la separación del seno materno por la ley encarnada en la figura del padre, que siempre existe una carencia. Carencia que, irremediablemente, no se colma con ningún objeto específico. He ahí la raíz del deseo, buscamos, o deseamos, infinitamente algo que nos haga sentir completos, pero que ningún objeto real podrá cumplir.

La sexualidad humana no está regida por el instinto, pretendida búsqueda de la reproducción; la sexualidad es búsqueda de placer, y cualquier cosa puede servir al respecto: alguien del mismo sexo, del sexo contrario, un juguete, un zapato, etcétera; se mueve por el deseo, que es siempre deseo de otra cosa, de algo más.

Freud en ningún momento puso todo el énfasis de la construcción humana en la sexualidad como elemento único; la misma siempre aparece en

contraposición a otra cosa. En la primera formulación de su teoría de las pulsiones, se enfrentan las sexuales con las de autoconservación. En la segunda teoría pulsional, presentada en *Más allá del principio del placer*, están en conflicto las pulsiones de vida, que subsumen las sexuales y las de autoconservación, con la pulsión de muerte.

Repetir, seguramente sin saber en detalle qué se dice, que en el psicoanálisis se habla solo de sexualidad, es no tener idea de la teoría y, peor aún, escaparle violentamente a la ética que nos abre: que siempre hay límites y con eso debemos convivir.

## Conclusión

Los prejuicios son siempre cuestionables. Constituyen frases hechas, lugares comunes que evitan un pensamiento profundo con sentido crítico. Son juicios previos, hechos por alguien, que ahí están disponibles y evitan profundizar.

El conocimiento que se tiene del psicoanálisis en nuestro medio es bastante —o muy— limitado, y se cierra básicamente a prejuicios. Por ello, y ese es el sentido de este pequeño escrito, creemos necesario fomentar su estudio con mayor rigor, desechar frases hechas, para sumergirse sin miedos en la obra teórica legada por Freud, más todos los continuadores que enriquecieron el campo psicoanalítico con posterioridad.

## Referencias

- Freud, S. (1991). *Obras completas: 22. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1991). *Obras completas: 18. Psicología de las masas y análisis del yo*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992). *Obras completas: 17. Una dificultad en psicoanálisis*. Amorrortu Editores.
- Heidegger, M. (2009). *La pregunta por la cosa*. Palamedes Editorial.
- Lacan, J. (1975, 16 de junio). *Joyce el síntoma* [conferencia de apertura]. V Simposio Internacional James Joyce, La Sorbona, París, Francia.
- Merlín, N. (2020). Las Neurociencias: un intento de colonizar la subjetividad. *Revista de Psicología Social*, (4), 9-II.